



## EL CONFIDENTE

Cuando Dimitri Dimitrovich Dimitroff empezó a ir a la escuela soviética, atea y marxista de Kaganovichgrado, su ciudad natal, se le empezó a notar en seguida que poseía unas excepcionales dotes de confidente. El muy gamberro se fijaba hasta en las veces que sus compañeros respiraban por la boca contraviniendo las disposiciones que en materia de respiración tiene dictadas la Sección de Respiración del Comisariado de Educación Fisiológica del Politburó. Porque es de hacer notar que el Politburó, por meterse, se mete hasta en la manera de respirar de los pequeños ciudadanos, o lo que sean, soviéticos.

Cuando Dimitri Dimitrovich sorprendía a uno de sus compañeros respirando indebidamente por la boca entreabierta, se apresuraba a comunicarse a los profesores, los cuales echaban al pequeño saboteador de su propia salud, patrimonio de la patria soviética, una bronca de padre y muy camarada mío. Y era en vano que el sorprendido por Dimitri Dimitrovich en falta se excusara alegando que padecía de vegetaciones.

—Pues háztelas operar —le conminaban draconianamente sus profesores—. Como la semana que viene sigas respirando por la boca, os retiraremos a tí y a tu familia la cartilla de racionamiento, de manera que os veréis obligados a comer chinas del Vístula.

Y a continuación proponían a Dimitri Dimitrovich, el chivato, para una citación honorífica, y le recomendaban para el ingreso en



la Escuela Oficial de Confidentes del Partido.

\* \* \*

Cuando Dimitri Dimitrovich hubo sido seleccionado para seguir los cursillos de confidente del Partido, sus padres se pusieron bastante anchos. Y con razón. Porque es la Unión Soviética, donde el sueldo medio anual de un funcionario oscila entre los cinco y los seis mil rublos secos, un simple confidente de tercera sale ganando diez o doce mil, disfrutando además de numerosas gabelas: racionamiento especial, entrada libre en los espectáculos, viajes por cuenta del Estado y gratificación de medias suelas, por las que pueda romper siguiendo a los sospechosos...

Pero la excusable vanidad paterna de los Dimitri Dimitrovich intervino y desancadenó la catástrofe. Se empezaron a revaler y a amenazar a aquellos de sus convecinos con los que no se llevaban bien. Y así, cuando la vecina camarada Schaposchnikova presumía de que su marido obtenía, en razón de su cargo de capitoste en el Comisariado del Vodka Flojo Para El Consumo Popular, medio kilo de mantequilla mensual, los Dimitroff aducían jactanciosamente:

—¡Ahí va, qué miseria..! Cuando nuestro Dimitri salga confidente recibirá todas las semanas cuarto de kilo de café del Brasil y cuatrocientos gramos de caviar de jefazo.

Y claro, perjudicaban al muchacho, porque todo el mundo empezó a desconfiar de él y abstenerse de criticar, donde él pudiera oírlo, que el Comisario Tutmeshoff tuviese tres queridas y un chalet en Crimea. Como no daba chivatazos, empezó a perder puestos en la lista de clase, y terminó los cursillos con el número 3.454, relativamente bajo en una promoción de 3.455 confidentes. Para reivindicarse, tuvo que denunciar que los Dimitrovich Dimitroff, sus propios indiscretos progenitores, conservaban entre otros resabios burgueses el de tratar de combatir el calor bañándose,

durante el verano, tres y aún cuatro veces a la semana. Salieron deportados, por las buenas, a un «koljosh» perdido en las inmensidades siberianas, donde lo gélido de la temperatura debía quitarles hasta las ganas de humedecerse los lagrimales con la punta de la toalla.

El salió destinado también, como castigo, a una colonia de antiguos «kulacks», los campesinos acomodados arruinados por Stalin. Todos hablaban mal del Gobierno y del comunismo, y al pobre Dimitri Dimitrovich se le juntaba un trabajo bárbaro. Se tenía que quedar, escribiendo denuncias, hasta las seis y las siete de la mañana. Hasta que se volvió loco y se autodenunció indicando que estaba dispuesto a cargarse al Confidente Jefe, al Potitovich y al lucero soviético del alba socialista, si se los ponían delante. Naturalmente, se le cargaron a él en el escaso término de las consabidas veinticuatro horas. Pero sobre su tumba, sobre la tumba innominada del conspirador contrarrevolucionario Dimitri Dimitrovich Dimitroff, el Partido mandó colocar una lápida dedicada a la memoria de Dimitri Dimitrovich Dimitroff, espejo de confidentes. Rezaba así:

«Dí que sí; camarada: ninguno estamos libres de una mala tentación. Pero hay que jorobarse y denunciarse. Como has hecho tú, merluzo. ¿Qué importa que un hombre muera, vamos a ver? Muy poco. Y si era tonto, como tú, pues menos todavía. Hasta la desintegración de la materia, chico. Pásalo como puedas.»

Luego le pusieron encima unas florecitas de papel. Porque había una nevada de un metro, y un ramo de margaritas naturales, importadas del Azerbaiján, costaba un ojo de la cara.

PEPE PE.

